

# JOHN DONNE

## *El testamento*

Antes que entregue al fin mi último suspiro, permíteme  
que exhale,  
oh poderoso Amor, algunas voluntades. Por la presente  
dejo  
mis pupilas a Argos, si mis pupilas ven,  
mas si son ciegas, a ti las dejo, Amor;  
a la Fama, mi lengua; a los embajadores, mis oídos;  
a las mujeres o al mar, mi llanto.  
Tú, Amor, me has enseñado tiempo hace,  
cuando me hiciste siervo de mujer que otros veinte tenía,  
a nada dar sino al que antes en demasía hubiese ya tenido.

Mi constancia la doy a los planetas;  
mi verdad, a quienes viven en la corte;  
mi ingenuidad y mi franqueza  
doy a los jesuitas; a los bufones, mi melancolía;  
mi silencio, a cualquiera que haya vuelto de lejanos  
países;  
a un capuchino, mi dinero.  
Tú, Amor, me has enseñado, pues me hiciste  
amar donde el amor no tenía acogida,  
a dar tan sólo a quien el don no sirve.

Doy mi fe a los católicos romanos;  
mis buenas obras doy a los cismáticos  
de Amsterdam; lo mejor de mis modos  
y mi cortesanía, a una universidad;  
mi modestia la doy a harapientos soldados;  
compartan los jugadores mi paciencia.  
Tú, Amor, me has enseñado, pues me hiciste  
amar a una mujer que mi amor tuvo en poco,  
a dar a quien mis dones juzga indignos.

Doy mi reputación a cuantos fueron  
mis amigos; mi habilidad, a mis enemigos;  
lego a los escolásticos mis dudas;  
mi enfermedad, a médicos o a excesos;  
a la naturaleza, cuanto he escrito en verso;  
y a mis compañeros doy mi ingenio.  
Tú, Amor, que me rendiste  
a quien antes en mí este amor engendrara,  
me has enseñado a dar como si diese, cuando tan sólo  
restituyo.

A aquel por el que doble la próxima campana  
dejo mis libros médicos; todos mis manuscritos  
de consejos morales doy a los manicomios;  
mis medallas de bronce, a los que viven  
en privación de pan; lego a los que viajan  
por tierras extranjeras mi lengua inglesa.  
Tú, Amor, que me impusiste amar  
a quien creyó su amor suficiente alimento  
para amantes más jóvenes, da también a mis dones igual  
desproporción.

Dejaré, pues, de dar; mas desharé  
el mundo con mi muerte, porque con ella morirá el amor.  
Todas vuestras bellezas no valdrán más entonces  
que el oro de las minas cuando nadie lo extrae;  
ni serán ya más útiles todos vuestros encantos  
que un cuadrante solar en una tumba.  
Tú, Amor, me enseñas, pues me has enamorado  
de quien a ti y a mí deja en olvido,  
a inventar y aplicar el solo medio que a los tres a la  
nada nos reduce. —

— Versión de José Ángel Valente